

El Problema del Orgullo

Quizás no hay más grande rival para el amor que le debemos a Dios que el ego humano. El orgullo descansa en el corazón de genio humano –el deseo perverso de los hombres de querer “ser como Dios”, para sentarse en el mismo centro de todo. Es la muerte de esa mente arrogante y auto complaciente que siempre está exaltándose contra el conocimiento de Dios, lo que el evangelio demanda. Este orgullo tiene sobre el una cualidad oscura pero espiritual. Es un deseo de la mente, no de la carne. Su placer no se encuentra en el mal cometido, sino en la misma idea de la rebelión. En sus *Confesiones*, Agustín recuerda un tiempo de su juventud cuando él y algunos de sus amigos robaron el fruto del árbol de peras del vecino y con ellas alimentaron a los cerdos. No fueron las peras lo que les atrajo, él dijo, porque había mejores peras en el hogar, sino la emoción de tomar lo prohibido (Libro II, Capítulo 4).

Es a este problema central y crítico del orgullo que Jesús ahora vuelve Su atención cuando Él comienza un estudio de tres cosas que derribarán la verdadera devoción del ciudadano del Reino a Dios (Mat.6:1-34). Él introduce su primer sermón (Mat.6:1-18) con un mandamiento que establece el principio: **“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos”** (La versión NKJV traduce *actos caritativos* en lugar de justicia, pero hay mucho más evidencia textual para la última). Jesús luego ilustra Su advertencia en tres áreas de la piedad religiosa –las limosnas, la oración y el ayuno.

Uno se pregunta en primer lugar que posible atracción podría tener las limosnas, la oración y el ayuno para el hombre orgulloso debido a que estas cosas están tan relacionadas con la humildad ante Dios y la preocupación desinteresada por los demás. Sin embargo, la advertencia de Jesús deja claro que aun la piedad religiosa puede ser dirigida por la meditación del orgullo en una auto gratificante y egoísta maldad. ¿Qué había ahí que atrajo a los arrogantes Fariseos a las arcas del Templo y a las frecuentes ocasiones para la oración y el ayuno (Luc.18:10-12)? Había la esperanza de una auto elevación. Porque en cada onza de aparente humildad invertida por estos hipócritas, cosechaban una libra de vanagloria. En todo esto, necesitamos ser advertidos que es eminentemente posible realizar la misma cosa notable por la más corrupta de las razones. La mera adoración y la generosidad no confieren al hombre un seguro refugio del mal. Satanás le seguirá justo al mismo lugar de oración y volverá su misma adoración en pecado. Un hombre debe mantener su corazón puro y su amor verdadero. Dios debe ser el objeto de todo.

Este nuevo principio declarado al principio puede parecer extraño con la enseñanza de Jesús anteriormente “Así alumbre vuestra luz *delante de los hombres*” (Mat.5:16) pero no existe ninguna contradicción verdadera. Hay un mundo de diferencia entre hacer el bien de tal manera que este refleje honor sobre Dios quien hace posible tal

bondad, y hacer el bien de modo que esto traiga honor sobre uno mismo. No es el ser vistos por los hombres lo que le preocupa al Salvador, sino *el deseo para ser vistos* por ellos.

Podría no ser necesario declararlo, pero el verdadero asunto aquí no es si agradar a Dios o agradar a los hombres (un problema serio también) sino si agradar a Dios o agradarnos a nosotros mismos. Es esta delicia insidiosa con nuestra propia importancia que envenena toda nuestra piedad. No es para el bien de ellos que deseamos ser vistos por los hombres sino para el bien nuestro. El asunto es simplemente resuelto si somos lo suficientemente humildes para desearlo. Como Bonhoeffer lo expresó, nuestra luz debe ser vista por los hombres, pero ocultada de nosotros mismos.

El orgullo, la vanagloria, es la misma esencia de la mentalidad anti-Dios. Los hombres consumidos por el orgullo no pueden amar a Dios. Él es su enemigo, su rival, el único que está de pie donde ellos quieren estarlo. El orgullo nos previene de amar los demás. Todos los hombres son vistos como rivales desde nuestra propia perspectiva de nuestra posición de honor. Los demás no pueden ser tratados como amigos, mucho menos los hermanos. Ellos pueden ser tolerados únicamente como siervos de nuestra propia vanidad –herramientas que deben ser descartadas cuando ellas dejen de servir a su propósito. Aun los inmorales mundanos, atrapados en la lujuria de la carne, pueden disfrutar de alguna camaradería con estos siervos terrenales, pero el hombre orgulloso es negado aún a eso.

La cosa más crucial sobre el orgullo es su sutileza. Este puede fácilmente ser alimentado en los mismos esfuerzos que nos hace acabar con el. Primero somos negligentes en nuestra vanidad abierta. Luego repetimos nuestra arrogancia. Luego con orgullo observamos cuán valiente y completamente hemos dejado nuestros antiguos caminos atrás. Luego “vemos a través” del engaño del orgullo y nuevamente nos llenamos de remordimiento. Luego viene a nosotros un sentimiento petulante de auto satisfacción lenta y progresivamente que somos tan rápidos en atrapar el orgullo en su sutil esfuerzo para recuperarnos. El proceso sigue en forma interminable. Al orgullo no le importa dar terreno mientras el mantenga la fuerza.

¿Cómo entonces podemos escapar de ésta auto estimación arrogante que hace imposible conocer a Dios o amar al prójimo? No al concentrarnos en ello. El hombre no es humilde porque piensa tan poco de sí mismo, sino porque él no piensa de sí mismo del todo. El orgullo muere únicamente cuando el ego es olvidado; y nos olvidamos de nosotros mismos en vista de una lealtad y devoción más grande. La antigua arrogancia, la auto vanidad habrá muerto cuando Cristo nos llene de modo que ya no hay ningún espacio para nadie más (Gal.2:20; Col.3:3:3) – cuando podamos decir, casi sin pensarlo, “Cristo me es todo” (Col.3:11b). Que dichoso pensamiento!.